
ISRAEL Y PALESTINA

ANATOMÍA DE UN CONFLICTO



**6 FECHAS CLAVE
Y 50 PREGUNTAS**

GEOPOLÍTICA
ILUSTRADA

PENÍNSULA

THOMAS SNÉGAROFF · VINCENT LEMIRE

ISRAEL Y PALESTINA

ANATOMÍA DE UN CONFLICTO



TRADUCCIÓN DE BERTA LLUÍS VILA

GEOPOLÍTICA
ILUSTRADA

PENÍNSULA

THOMAS SNÉGAROFF · VINCENT LEMIRE

Título original: *Israël/Palestine. Anatomie d'un conflit*

© Les Arènes y France Inter, Paris, 2024

Esta edición se publica por acuerdo con Les Arènes en colaboración con su coagente debidamente designado, la Agencia Literaria Ella Sher. Todos los derechos reservados.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: septiembre de 2025

© de la traducción del francés, Berta Lluís Vila, 2025

Mapas e infografías: Alizée De Pin y Delphine Papin

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Depósito legal: B. 13.377-2025

ISBN: 978-84-1100-414-5

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo	11
CAPÍTULO 1	
1897. La utopía sionista	15
CAPÍTULO 2	
1917. Promesas traicionadas	33
CAPÍTULO 3	
1947. La división y la ira	51
CAPÍTULO 4	
1967. Tiempos de guerra	71
CAPÍTULO 5	
1987. Levantamientos y negociaciones	95
CAPÍTULO 6	
2007. Hacia el caos	115

CAPÍTULO 1

1897

La utopía sionista

En Basilea fundé el Estado judío. Si dijera esto hoy, el mundo entero se reiría de mí. Pero dentro de cinco años, quizás, y con seguridad dentro de cincuenta, todos verán que así fue.

Fragmento del diario de THEODOR HERZL,
1 de septiembre de 1897

En 1897, Theodor Herzl defendió la idea de crear un Estado para los judíos en Palestina. ¿Qué sentido tenía hacerles volver a una tierra de la que habían huido dos mil años antes?

En 1897, el proyecto sionista se institucionalizó. Lo que hasta entonces había sido una vaga idea se estructuró y consolidó en una organización, una institución. El sionismo, como su nombre indica, es una ideología que propugna el retorno de los judíos a Sion, que es una de las colinas de la ciudad de Jerusalén. En la actualidad, el sionismo sigue siendo sinónimo de retorno a Tierra Santa, con Jerusalén en el centro. En una Europa marcada por la crisis de los imperios, el auge de los nacionalismos y el creciente antisemitismo, este proyecto de restauración judía se estructuró, a partir de 1897, en torno a la voluntad de crear un Estado-nación para los judíos en Palestina.

A finales de agosto, Theodor Herzl convocó y presidió en Basilea (Suiza) el primer Congreso Sionista. Nacido en 1860 en Budapest, ciudad que entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro, Theodor Herzl fue presidente

El caso Dreyfus

En 1899, dos años después del Congreso de Basilea, Theodor Herzl dijo que fue el asunto Dreyfus lo que le había convertido en sionista. Aunque esta afirmación ha sido matizada por varios historiadores, lo cierto es que los juicios y las condenas del capitán Alfred Dreyfus en 1894 y 1899 pusieron en entredicho la condición de Francia como tierra de emancipación para los judíos.

A finales de 1894, Dreyfus, oficial de origen alsaciano y de confesión judía, fue condenado por el consejo de guerra por conspirar con el enemigo alemán. A principios de 1895, su deportación y encarcelamiento en la Guayana Francesa no provocaron ningún escándalo. El caso Dreyfus llegó a su punto culminante en 1898, cuando Ferdinand Walsin Esterhazy, el verdadero culpable, fue absuelto del crimen atribuido a Dreyfus. Émile Zola publicó una sonora tribuna titulada «J'accuse» («Yo acuso»), un golpe de efecto que contrastaba con los métodos más discretos empleados desde 1895 por la familia Dreyfus y sus primeros aliados. Fue también a partir de 1898 cuando el discurso antisemita, que ya existía antes del caso, se amplificó con el auge de una prensa declaradamente anti-Dreyfus y la proliferación de violentas manifestaciones nacionalistas y antijudías. En el plano judicial, la reapertura del caso Dreyfus en 1899 condujo a una nueva condena, menos severa, seguida de un indulto presidencial. Finalmente, el tribunal de casación le rehabilitó en 1906.

Pogromo

Palabra tomada del ruso por los franceses a finales del siglo XIX para designar los motines asesinos contra las comunidades judías que se multiplicaban en Europa en aquella época, sin ninguna condena ni reacción de los poderes públicos. En el Imperio ruso, la primera oleada de pogromos comenzó tras el asesinato del zar Alejandro II el 1 de marzo de 1881 y continuó hasta 1884.

del Congreso y más adelante de la Organización Sionista. Periodista de profesión, mantenía estrechos vínculos con Francia. Entre 1891 y 1896, fue corresponsal en París de un importante periódico liberal vienés, *Neue Freie Presse*. En 1894, el estallido del caso Dreyfus le afectó profundamente porque, como la mayoría de los judíos europeos de su época, creía que la República francesa era el país donde era posible la asimilación de los judíos, un refugio seguro lejos de los pogromos.

A finales de 1895, Herzl sentía que los judíos ya no estaban seguros en ningún lugar de Europa. Ideó el proyecto del «Estado judío», y barajó la posibilidad de que se estableciera en Argentina o en Palestina. Cabe destacar que el sionismo político y nacional que se institucionalizó en Basilea no se originó en las comunidades judías más religiosas de Europa central. Más bien, encontró sus primeros simpatizantes en las comunidades judías urbanas, secularizadas y cultas de las que Herzl era una figura representativa. En paralelo a la utopía sionista, las ideas socialistas o socializantes florecían en estos mismos círculos.

Aunque el debate se prolongó hasta 1905, la elección del emplazamiento del futuro Estado judío pareció quedar zanjada en la primera frase de un texto votado por el primer Congreso Sionista el 30 de agosto de 1897: «El sionismo tiene como objetivo establecer para el pueblo judío un hogar seguro, pública y legalmente, en Palestina». A partir de ese momento, el proyecto político de Herzl, que no era un hombre religioso, adquirió evidentes resonancias bíblicas y proféticas. El fundador del

sionismo político, que murió en 1904, no fue testigo de la materialización de este proyecto. Su temprana muerte le valió no pocas comparaciones con el profeta Moisés, que también murió antes de llegar a Tierra Santa.

Sin embargo, para comprender la complejidad y las ambigüedades fundacionales del proyecto sionista, hay que añadir otro punto fundamental: el Congreso Sionista de 1897 no fue, ni mucho menos, el primer organismo que abogó por el regreso de la diáspora judía a Palestina. Desde el siglo xvii, los protestantes evangélicos animaban a las comunidades judías de Gran Bretaña y las colonias americanas a regresar a Tierra Santa. Este protosionismo se basaba sobre todo en el mesianismo religioso, con una fuerte dimensión escatológica que tenía la vista puesta en el fin de los tiempos. Esta corriente seguía siendo influyente a principios del siglo xix. Cuando Bonaparte entró en Palestina en 1799, la prensa europea se apresuró a difundir la falsa noticia de que venía a restaurar un reino judío.

El sionismo era, pues, una idea que venía de lejos, pero que, a medida que se multiplicaban los pogromos en Rusia y Europa central, se convirtió en un proyecto más pragmático y realista, menos religioso también, aunque siguiera teniendo elementos mesiánicos, precisamente los que hoy vemos resurgir con tanta violencia. Antes de ser una doctrina unificada, el sionismo fue una galaxia de movimientos heterogéneos que, a finales del siglo xix, convergieron en torno al proyecto político expuesto por Herzl en 1896 en su libro *Der Judenstaat* [El Estado judío].

El antisemitismo en Europa a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX 1881-1914



FUENTE: Christian Grataloup (dir.) y Charlotte Becquart-Rousset, *La historia del mundo. Un atlas*, Península, 2023.

¿Había comunidades judías en Palestina antes de 1897? Y en caso afirmativo, ¿cómo vivían?

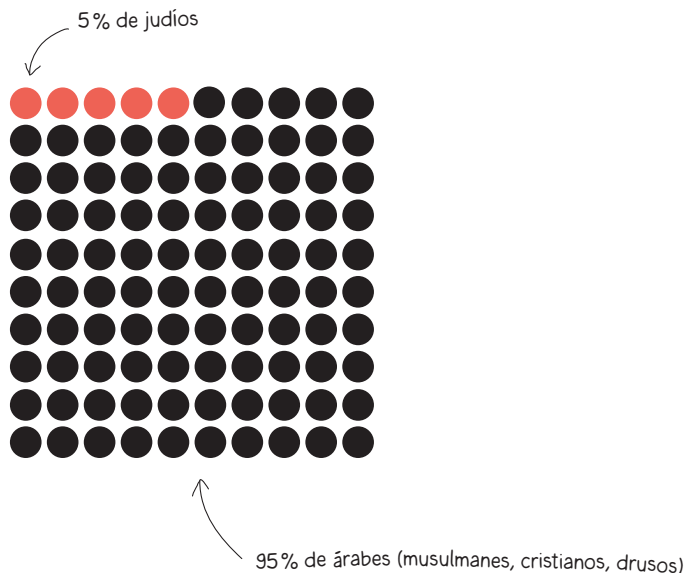
En 1882 vivían en Palestina unos 24.000 judíos, en una población de unos 500.000 habitantes, es decir, representaban menos del 5 por ciento del total. Conviene señalar que el término *Palestina*, comúnmente utilizado por la administración otomana de la época, no tenía ninguna connotación política. También hay que destacar que la provincia de Jerusalén, cada vez más estratégica a los ojos de los europeos, dependía directamente de Estambul desde 1872, lo que contribuyó a consolidar su centralidad funcional y simbólica.

Desde 1517, los otomanos controlaban en Palestina cuatro ciudades de gran importancia para el judaísmo: Jerusalén, Safed, Tiberíades y Hebrón. Sede de la tumba de los Patriarcas, Hebrón es, al igual que Jerusalén, un lugar santo fundacional de las tres grandes religiones monoteístas. Las comunidades judías nunca han desaparecido de estas ciudades marcadas por su herencia bíblica. Son los principales asentamientos de lo que se conoce como el *Viejo Yishuv*, término con el que se designa a las comunidades judías presentes en Palestina antes del desarrollo del proyecto sionista. La existencia de una pequeña comunidad judía en Safed está atestiguada en el periodo mameluco (1250-1517), y después en el periodo otomano (1517-1917), y los archivos otomanos muestran que los judíos de Jerusalén o Hebrón estaban bien integrados en la sociedad.

Las comunidades judías que se asentaron en Palestina a partir de la década de 1880 y hasta la creación de

Israel en 1948 recibieron el nombre de «Nuevo Yishuv». Hasta 1897, quienes partían hacia Tierra Santa huyendo de los pogromos eran judíos bastante religiosos. Por tanto, su llegada precedió a la formulación política de un proyecto de Estado-nación para los judíos, pero también contribuyó en gran medida al surgimiento del sionismo como proyecto nacional. De hecho, el sionismo se nutrió de iniciativas locales que, al principio, no estaban coordinadas. La mayoría de las veces, ni siquiera compartían un mismo horizonte ideológico o religioso.

Población de Palestina en 1882



FUENTE: Alexander Schölch, «The Demographic Development of Palestine, 1850-1882», *International Journal of Middle East Studies*, 17 (1985), pp. 485-505.

Es importante recordar que, a partir de la década de 1880, surgió un clima de tensión en torno al proyecto sionista y su puesta en práctica. Este proyecto se basaba en operaciones locales, oportunistas y a veces fortuitas, pero al mismo tiempo necesitaba un marco y una institucionalización que facilitaran su reconocimiento en el derecho internacional. Esta tensión inicial sigue vigente hoy en día.

A finales del siglo XIX surgió el nacionalismo judío por parte de los sionistas, pero ¿surgió también el nacionalismo árabe?

Suníes y chiíes

Los chiíes se distinguen de los suníes porque sostienen que solo los miembros de la familia de Alí, yerno del Profeta, pueden suceder a Mahoma. Los suníes, que son mayoría, defienden la idea de que todas las palabras y actos del Profeta (Sunna) son, después del Corán, la fuente principal de la ley musulmana. El sunismo fue la religión oficial del Imperio otomano desde 1517. Hasta 1924, los musulmanes suníes reconocían al sultán como califa, sucesor legítimo del profeta Mahoma.

Junto al nacionalismo sionista judío, a finales del siglo XIX surgió también un nacionalismo árabe. Este movimiento, dirigido sobre todo contra el Gobierno otomano, era comparable a los movimientos nacionalistas de Europa central y oriental que, a lo largo del siglo XIX, cuestionaron la legitimidad de los imperios que gobernaban sobre varios pueblos, varias lenguas y varias religiones.

Algunos nacionalistas árabes, que reclamaban la implantación del modelo europeo de Estado-nación, pedían la creación de una «Gran Siria», aunque con fronteras bastante imprecisas. Al mismo tiempo, la burguesía urbana palestina desarrollaba su propia forma de «conciencia nacional», que el historiador Rashid Khalidi describió con precisión en su libro *Palestinian Identity: The construction of Modern National Consciousness* [La identidad palestina: La construcción de una conciencia nacional moderna]. Hay que subrayar que, en los debates en torno a la cuestión nacional árabe de la época, la dimen-

sión religiosa era totalmente secundaria. Muchos nacionalistas palestinos eran cristianos y no había grandes conflictos entre musulmanes suníes y chiíes en la región: como la mayoría de los árabes de Egipto, Líbano, Siria y Palestina, los turcos que gobernaban el Imperio otomano desde Estambul eran musulmanes suníes.

Actualmente se tiene la impresión de que el conflicto palestino-israelí es sobre todo una problemática religiosa. ¿No era así a finales del siglo XIX?

Alianza Israelita Universal (AIU)

Asociación judía fundada en 1860 en Francia con el fin de ayudar a los judíos perseguidos en el resto del mundo. Además de emprender acciones diplomáticas para obtener la igualdad de derechos de todos los judíos de la diáspora, la AIU desarrolló una red de escuelas en el Magreb y Oriente Próximo inspiradas en el modelo educativo francés. A diferencia de los sionistas, los miembros de la AIU creían que los judíos se emanciparían gracias a una mejor integración socioeconómica y al aprendizaje de la lengua y la cultura francesas.

En absoluto. En la conciencia nacional que estaba surgiendo en aquella época, la dimensión confesional era totalmente marginal. La figura de Albert Antébi es un ejemplo perfecto: judío árabe nacido en Damasco y director de la escuela Alianza Israelita Universal de Jerusalén desde 1896, se opuso de lleno al proyecto sionista. Proclamó su lealtad al Imperio otomano, al que veía como el único Estado capaz de garantizar la convivencia entre las diferentes comunidades que vivían en Palestina.

Antébi no era el único ciudadano destacado de Jerusalén preocupado por el sionismo. Yusuf Diya al-Khalidi es otro ejemplo de esta temprana toma de conciencia. Alcalde de Jerusalén en la década de 1870, y luego diputado de la Ciudad Santa, escribió una larga carta en francés el 1 de marzo de 1899 a Theodor Herzl por mediación de Zadoc Kahn, el Gran Rabino de Francia. Aunque se esmeraba en destacar los estrechos lazos históricos entre judíos y árabes, Khalidi estaba preocupado por los conflictos que podría acarrear el proyecto nacional de Herzl, que consideraba condenado al fracaso: «La realidad es

que Palestina forma parte del Imperio otomano y, lo que es más importante, está habitada por personas que no son israelitas. La realidad, los hechos constatados, la fuerza brutal de las circunstancias no dejan al sionismo, geográficamente, ninguna esperanza de materialización». La carta de Khalidi, que Kahn remitió a Herzl, terminaba con las siguientes palabras: «En nombre de Dios, dejemos a Palestina en paz»..

Desde Viena, Herzl escribió una respuesta, también en francés, al diputado-alcalde de Jerusalén. Aseguraba a Khalidi que los sionistas solo pedían al Imperio otomano que permitiera la inmigración de «un gran número de judíos que aportarían al país su inteligencia, su espíritu financiero y sus recursos empresariales». Presentó su proyecto político y nacional en términos eufemísticos. Sin embargo, insistió en la compatibilidad entre el proyecto sionista, el libre acceso a los lugares santos y la coexistencia armoniosa de las diferentes comunidades en Palestina.

¿La presencia de judíos autóctonos y la llegada de los primeros migrantes provocaron tensiones entre judíos y árabes?

Hasta principios de la década de 1910, los proyectos nacionales en ciernes suscitaron inquietud, concienciación e intercambios de cartas, pero no desencadenaron ningún conflicto o enfrentamiento abierto entre los judíos y los árabes de Palestina. Antes de la Primera Guerra Mundial, solo se registró un altercado en el puerto de Jaffa durante un desembarco de emigrantes judíos.

Un acontecimiento que tuvo lugar en Jerusalén, pocos días después de la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, sirve para recordar que, a principios del siglo xx, las posturas no eran en absoluto las mismas que hoy: en agosto de 1908, confiados en las promesas de ciudadanía interconfesional que la nueva constitución otomana garantizaba plenamente, una delegación de judíos decidió subir a la Explanada de las Mezquitas, lugar sagrado musulmán que hasta entonces les estaba vedado. Desplegaron incluso una gran pancarta con los colores de la estrella de David, y los imanes los acogieron con entusiasmo y les sirvieron refrescos y dulces.

Muy contentos con esta experiencia, intentaron luego ir al Santo Sepulcro, lugar sagrado cristiano que también les estaba vedado. Pero allí fueron objeto de graves agresiones por parte de los monjes armenios, tanto latinos como ortodoxos, que les estaban esperando. Esta anécdota demuestra que, en Palestina, a principios del siglo xx, el antijudaísmo cristiano seguía muy extendido, mientras que los musulmanes no tenían ningún prejuicio religioso contra sus vecinos judíos. Sin embargo, este frágil equilibrio se rompió con la caída del Imperio otomano.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

Fragmento del diario de Theodor Herzl (1 de septiembre de 1897)

Si tuviera que resumir el Congreso de Basilea en pocas palabras —que me cuidaría de pronunciar en público— diría lo siguiente: en Basilea fundé el Estado judío. Si dijera esto hoy, el mundo entero se reiría de mí. Pero dentro de cinco años, quizás, y con seguridad dentro de cincuenta, todos verán que así fue. El Estado se funda ante todo en la voluntad del pueblo, o incluso de un individuo lo bastante poderoso (Luis XIV: «El Estado soy yo»). El territorio es solo el espacio; el Estado, aun cuando posee un territorio, siempre conserva un carácter abstracto. El Estado del Vaticano existe, incluso sin territorio, de lo contrario el papa no sería soberano.

Así que en Basilea creé este objeto abstracto, invisible para la mayoría de la gente, con muy pocos medios. Poco a poco, fui llevando a la gente a una disposición favorable al Estado, y les inculqué el sentimiento de que constituían la asamblea nacional.

FUENTE: Theodor Herzl, *Journal 1895-1904. Le fondateur du sionisme parle*, fragmentos elegidos y editados por Roger Errera, Calmann-Lévy, 1994.

Fragmento de la carta de Yusuf Diya al-Khalidi a Theodor Herzl, por mediación de Zadoc Kahn, el Gran Rabino de Francia

Me enorgullece pensar que no necesito hablar de mis sentimientos hacia su pueblo. Todos los que me conocen saben muy bien que no hago distinciones entre judíos, cristianos y musulmanes. Siempre me inspiran las sublimes palabras de

nuestro profeta Malaquías: «¿No tenemos todos un padre común? ¿No es el mismo Dios quien nos creó a todos?» [...]

¿Quién podría discutir los derechos de los judíos en Palestina? ¡Dios mío, si históricamente es su país! ¡Cuán maravilloso sería que los judíos, tan talentosos, se reconstituyeran de nuevo como una nación independiente, respetada y feliz, capaz de proporcionar sus servicios a la pobre humanidad como antes!

Sin embargo, debemos tener en cuenta la realidad, los hechos constatados, la fuerza bruta de las circunstancias. La realidad es que Palestina forma parte del Imperio otomano y, lo que es más importante, está habitada por personas que no son israelitas. La realidad, los hechos constatados, la fuerza brutal de las circunstancias, no deja al sionismo, geográficamente, ninguna esperanza de materialización y, lo que es aún más grave, supone una amenaza real para la situación de los judíos en Turquía. [...]

Es cierto que los turcos y los árabes suelen tener buena disposición hacia sus correligionarios. Sin embargo, también hay fanáticos entre ellos, ya que, todas las naciones, incluso las más civilizadas, no están exentas de sentimientos de odio racial. En Palestina hay, además, cristianos fanáticos, especialmente entre los ortodoxos y los católicos, que, puesto que consideran que Palestina les pertenece solo a ellos, sienten una gran envidia del progreso de los judíos en la tierra de sus antepasados y no desaprovechan ninguna ocasión para despertar el odio de los musulmanes contra los judíos. [...]

Por lo tanto, para la tranquilidad de los judíos de Turquía, es necesario que el movimiento sionista, en el sentido geográfico de la palabra, se detenga. Nada más justo y equitativo para la desdichada nación judía que buscar refugio en otra parte. Pero, Dios mío, la tierra es suficientemente vasta, todavía hay países deshabitados donde podríamos emplazar a los millones de pobres israelitas, que tal vez llegarían a ser

felices allí y algún día formarían una nación. Esta sería tal vez la mejor solución, la más racional, a la cuestión judía. Pero, en nombre de Dios, dejemos a Palestina en paz.

FUENTES: Henry Laurens, *La Question de Palestine*, Tome 1, *L'Invention de la Terre sainte (1799-1922)*, Fayard, 2002, y Vincent Lemire, *Jérusalem 1900, la Ville sainte à l'âge des possibles*, Armand Colin, 2013.

Fragmento de la respuesta de Theodor Herzl a Yusuf Diya al-Khalidi

[...] En primer lugar, permítame decirle que le estoy profundamente agradecido por los sentimientos de amistad que expresa hacia el pueblo judío. Los judíos fueron, son y serán los mejores amigos de Turquía desde el día en que el sultán Selim les abrió las puertas de su imperio a los judíos perseguidos de España.

Y esta amistad no es solo de palabra, está dispuesta a transformarse en hechos y a acudir en ayuda de los musulmanes.

La idea sionista, de la que soy humilde servidor, no tiene ninguna tendencia hostil hacia el Gobierno otomano; al contrario, este movimiento pretende ofrecer más recursos al Imperio otomano. [...]

Como muy bien dice Su Excelencia en su carta al Gran Rabino, los judíos no cuentan con ningún espíritu beligerante detrás de ellos. Son un pueblo pacífico y muy feliz si se les deja en paz. De modo que no hay nada que temer sobre su inmigración.

¿La cuestión de los lugares sagrados? A nadie se le ocurre tocarlos. Como he dicho y escrito muchas veces: estos lugares han perdido para siempre la capacidad de pertenecer exclusivamente a una fe, una raza o un pueblo. [...]

Usted ve otra dificultad, Excelencia, debido a la existencia de población no judía en Palestina. Pero ¿a quién se le ocurriría ahuyentarlos? Es su bienestar, su riqueza individual lo que aumentaríamos al traer la nuestra. ¿Cree que un árabe que posee tierras o una casa en Palestina por valor de tres o cuatro mil francos se enfadará mucho al ver que el precio de su terreno sube en poco tiempo, al ver que su valor se quintuplica y tal vez se decuplica en pocos meses? Esto es lo que ocurriría con la llegada de los judíos. Esto es lo que hay que hacer comprender a los nativos, que ganarán excelentes hermanos, del mismo modo que el sultán ganará súbditos leales y buenos que harán florecer esta provincia, su patria histórica. [...]

FUENTE: The Interactive Encyclopedia of the Palestine Question.
